A mi bisabuela, la «seña Recasens», y a mi bisabuelo, «el Catalán».
Y a mi padre, a quien le hubiese gustado leer cuántas cosas me he inventado de ellos.

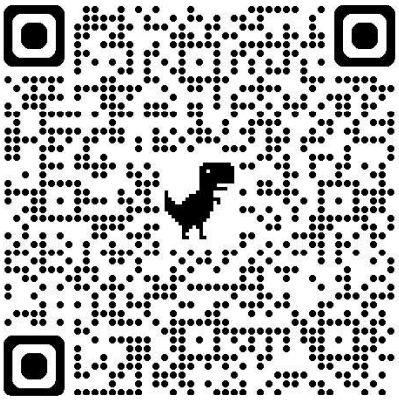
«Por todos los demonios, lujurias, pasiones, ambiciones, envidias, amores, odios, deseos extraños, enemigos imaginarios o reales, por el ejército de recuerdos contra el que lucho. Porque nunca me traigan la paz.»

Patricia Highsmith

«Yo era una persona estupenda. Disfrutaba siendo yo. En mi profesión te puedes topar con casi cualquier cosa, pero empezaban ya a entrarme algunas náuseas.»

Adiós, muñeca, de Raymond Chandler

La música es la esencia del género noir, y en esta novela no podía faltar. Aquí puedes encontrar una playlist con canciones de jazz que puedes escuchar mientras la lees. Están ordenadas siguiendo el tema y tono de la trama, pero puedes ponerlas en el orden que quieras y cuando quieras. Disfrútalas con poca luz, un vaso en tu mano y los pies sobre la mesa del despacho.



https://open.spotify.com/playlist/3ZRDw8VAlilybNtRjSG92N?si=d6829d3aa8994325

PRELUDIO

Podría contar que este caso comenzó como toda historia de toda detective: con un cigarro y una botella de brandy barato, los pies sobre una mesa llena de facturas y el hombre fatal más mentiroso entrando en mi despacho. Y así comenzó. Aún recuerdo sus ojos, su caminar, su voz.

Me pidió que encontrase a alguien. Podría haber sido sencillo, pero él no sabía que eso iba a revivir rencores de trece años atrás, cuando en 1920 yo había asesinado a Alexandra Maner, la mafiosa y maga más poderosa de Madrid. Una muerte así no es gratis; me había dejado maldita, y desde entonces siempre moría gente a mi alrededor. Pero él tampoco sabía eso.

Así pues, siéntate y sírvete un whisky. Esta es una historia de balas por la espalda, un recuerdo que quieres emborrachar, una melodía de *jazz* y magia que te mata.

Como dije, él no sabía que había comenzado hacía trece años, cuando yo solo aspiraba a otra botella en otra tasca y a cualquier trabajo sucio para pagarla. No era aún detective, sino una matona silenciosa, criada en la calle, que buscaba la muerte en cada nueva botella y cada nuevo encargo. La gente me conocía y me temía. Yo también me conocía y me temía. Me ocupaba de deudas, extorsiones, engaños y asuntos que nadie quería tocar. Pero los peores trabajos venían de las dos empresarias más criminales de Madrid: Fren y Maner. Maner y Fren. Mafiosas e invocadoras. La enfermedad de la ciudad.

Una noche, Luciana Fren me encargó asesinar a su rival, Alexandra Maner, porque días antes esta había matado a su amante y

quería vengarse. Irónicamente, ese amante era el propio marido de Maner. Más irónicamente, había sido yo quien lo había matado, pero Fren lo ignoraba. Aunque cruzar encargos así era suicida, en esa época no tenía nada mejor que aportar al mundo.

Era una madrugada especialmente helada. Como en cada encargo, me había emborrachado con el peor vino de la peor taberna para convencerme de seguir adelante. El frío no se me iba mientras vigilaba la calle Serrano con el rostro oculto entre el humo del cigarrillo, el sombrero, el cuello alzado del abrigo y mi elegante pañuelo de asesina, todo negro. Al fin, entré por la puerta de servicio ofreciendo cinco monedas de peseta como llave.

Era uno de esos edificios que se compraban enteros porque los billetes necesitan varias plantas para airearse. La casa dormía, así que caminé con calma cansada por un inmenso salón que mostraba una bonita cristalera de flores. Me detuve ante un círculo de sangre en la pared de la escalera. Era una estrella llameante; un sello arcano. Era poderoso porque noté su vibración, lo cual me indicaba que allí vivía una maga peligrosa. Ni maldiciones ni seres invocados podrían atravesarlo. Sin embargo, quienes practican magia siempre se olvidan de las asesinas de pistola y plomo.

Subí los escalones con una mano en el bolsillo del arma, la otra en el cigarro y la conciencia ebria para no pensar. Abrí despacio el dormitorio de la mujer a quien había venido a matar; de nuevo, irónicamente, la que hacía días me había encargado asesinar a su propio esposo porque se acostaba con Fren. Para mi sorpresa, me esperaba con una bata de seda, dos vasos y una botella de cristal tallado.

—Ignoro cómo lo bebe, señorita. ¿Me daría una pista? —me dijo.

Tenía una voz grave y cultivada. Yo no la conocía porque no me había hecho el encargo personalmente. Era como en los periódicos; grande, de espaldas anchas, pelo corto y blanco, y mirada de que el mundo le pertenecía. Pero se la veía vieja y dolida. Supongo que eso es lo que te ocurre si matas por celos.

No contesté. Mirar en silencio con mis ojos grises ponía a la gente nerviosa, y para mí era cómodo. Eché el pestillo e, inspeccionando la habitación a través del humo del cigarro, vi las sábanas deshechas y una única luz en su mesilla que dejaba el lugar en penumbra. No percibí armas, pero sí otro símbolo hecho con sangre en su bata, uno de maldición. Así que esa era su jugada; la maldición caería sobre mí si la mataba. Yo lo sabía, pero el alcohol nublaba mi sentido común. Y mi vida vacía y sin sentido.

Me senté en una silla y la observé en silencio. Ella, tranquila, me sonrió como a una hija rebelde y llenó los vasos con brandy. Dos dedos; medida estándar de la elegancia.

—Sé quién es usted por su reputación, señorita —dijo, grave—. Por desgracia, solo he oído su apodo. «Mala». Muy poco refinado, ¿no le parece? Una pena que no me vaya a decir su nombre real.

Seguí observándola entre humo, callada. Me gustó verla acercarse sin miedo, mirándome a los ojos. Conmigo solo lo hacían las personas incautas… o que habían matado demasiado. Al ofrecerme el vaso me examinó como a cualquier empleada. Yo era fácil de reconocer y difícil de olvidar. Más alta de lo que esperaban y menos de lo que contaban, delgada, de pelo largo negro como cuervo aciago y una cana por cada encargo, ojos grises como lápidas y, ante todo, porte elegante. No era una pistolera barriobajera. Era silenciosa, refinada y no me gustaba mi trabajo, pero era el único que me pedían hacer.

Ella se apartó, satisfecha.

—Por supuesto, usted sabe quién soy —dijo con ironía—. Alexandra Maner, diseñadora, dueña de las empresas Maner y la mujer más rica de España. Sabe también que la maldición convertirá su vida en una pesadilla, que toda persona que ame morirá y que la mala suerte la acosará día y noche hasta que la mate —añadió, señalando su símbolo—. Y, aunque la magia no la asuste, sabe que mi hijo Elías jamás la perdonará y la perseguirá hasta que la acribillen en un triste callejón. Magia y plomo; ambos contra usted. Aun así, ha venido. Debo respetarla por ello.

Era un compendio de razones para no estar allí. Pero, como dije, en esa época quizá terminar así no me parecía tan mal. Alexandra miró una foto de su esposo en la pared. Entonces se volvió hacia mí con una lágrima furiosa en los ojos.

—¿Lo mató también usted? ¿Quién se lo encargó y por qué? ¿Quién quería hacerme daño? —me recriminó.

Aquello fue inesperado. En teoría lo había ordenado ella, pero acababa de quedar claro que no. El asesinato de su marido me lo había encargado un intermediario a través de un intermediario, y eso me hizo verme en una conspiración que iba más allá de los celos. Me sentí molesta. Nunca me gustó que me usaran sin avisarme. Pensé en las piezas que luchaban por el poder en la ciudad, que eran quienes nos daban trabajo; estaba la marquesa, estaban los otros empresarios, los políticos, los anarquistas, la policía.

Pero yo solo apretaba el gatillo por aquel entonces, y si dudabas en mi trabajo, ya no había más trabajo y quizá sí una bala para ti. Para acallar mi enfado por el engaño, me bebí el brandy de un trago. Lo lamenté porque era excelente, así que me levanté despacio, calibrando mi equilibrio borroso, y me serví otro.

Suspirando al sentarme, la observé con lástima a través del humo y el alcohol. No era una víctima inocente, pero estando en un juego que se nos escapaba a mí y a ella, esa noche quise pensar que sí lo era.

—Siempre me gusta intercambiar un recuerdo antes de terminar —dije—. Empezaré yo. Me hicieron mi primer encargo cuando era demasiado joven y no tenía ni futuro ni opción. Me lo encargó una médium a quien su jefa, una maga mediocre, le había dado una paliza. No soporto la magia, así que eso me lo hizo fácil, y me prometí hacerme rica para solo beber lujos como este. —Alcé el vaso—. Resultó que era mentira y la médium solo quería su posición. Supongo que siempre elijo mal mis encargos, acumulo deudas y sigo bebiendo vino barato. En resumen, esto no es nada personal. Lo siento.

La vi sonreír, vencida. Empezaba a caerme bien.

—Comprendo —dijo—. Contándolo se siente menos injusta con quien va a matar. Bien, intercambiaremos. Mi recuerdo es de cuando mi marido se enamoró de mí. ¿Cuántas enemigas me he ganado a mis sesenta años tras levantar esta enorme empresa, de sobornar, extorsionar y cosas peores? Incontables. ¿Pero él? Fue tan solo un buen marido. No era que nos amásemos, pero no molestaba y no merecía morir porque alguien me odie. Ahora espero que usted un día entienda estas palabras: mi esposo murió por una ambición enferma. La están usando, ¿sabe?, y no se da cuenta.

Al menos ella también lo veía. Pero yo solo quería terminar para emborracharme y que mañana llegara otro encargo, y luego otro, y luego más vacío y más balas. La observé meterse en sus sábanas de satén, quizá queriendo disfrutar por última vez de su suavidad. Mientras, me fui bebiendo el brandy a sorbos, disfrutándolo también. Luego me puse en pie, mareada, di una calada al cigarro y saqué la pistola. Alexandra se había puesto un antifaz de dormir. Intentaba mantener la compostura, pero le temblaban las manos.

—Dígale a Luciana Fren que yo también la habría matado —susurró—. Y que ha traído la guerra y la sangre que sabíamos que no podíamos evitar. Dígaselo. Quiero que ella también lo entienda.

Podría haber decidido decírselo, sí, pero con que me odiase Maner tenía suficiente. Con suavidad, puse un cojín sobre su cara y apoyé el cañón de la pistola para amortiguar el ruido. Escuché cómo rezaba a alguien, así que por compasión esperé unos segundos. Distinguí entonces el nombre de la deidad maldita «Nyarlathotep», y sentí un escalofrío. No debí haber esperado.

Tarde, disparé.

No hubo ni un suspiro, ni un movimiento. No hubo nada más. Pero vi cómo el sello de maldición de su bata se consumía y oí moverse algo. Miré al lado y distinguí unos ojos amarillos y verticales como de serpiente, observándome desde la penumbra tras la cama. Después, se abrió una maliciosa sonrisa también amarilla

que parecía otro ojo. Todos saltaron hacia mí, y por inacabables momentos me envolvió una oscuridad helada, putrefacta, densa, que me obstruía los pulmones tratando de asfixiarme.

Me sacudía con espasmos y no podía respirar. Veía muchos de aquellos ojos alrededor, y sentía su risa y mi agonía mezclándose. El cerebro iba a estallarme. Solo pude entonces hacer lo que las asesinas sabemos; acabar con todo. Buscando morir, me golpeé con fuerza la cabeza con la pistola, y sentí un dolor brutal y todo se apagó.

Quedé inconsciente.

Cuando desperté, tenía jaqueca y sangre en la sien. Pero vivía. La magia necesita gente viva porque se nutre de nuestras voluntades. Irónicamente, querer morir me había salvado.

Me incorporé con dificultad y vi que aún no había amanecido. Alexandra seguía muerta, tapada con el cojín, lo cual me tranquilizó. Era la primera vez que sufría una maldición tan terrible y sentí cómo me había equivocado. Al fin me quedó claro que no había sido otro encargo más. Pero estaba hecho; qué me importaba todo ya. Despacio, limpié mi vaso y las huellas que hubiese dejado por la habitación, y me marché tambaleándome sin que la servidumbre se hubiera despertado.

Así acabó esa noche.

Lo que vino después es fácil de resumir y duro de recordar.

Durante trece años la mala suerte me persiguió, y dejé de tener encargos, dinero y amistades. Veía los ojos amarillos en la oscuridad y, siempre que estaban ahí, alguien moría. La gente me rehuía, y no me extrañaba por qué. También puso precio a mi cabeza Elías Maner, el hijo de Alexandra, que había heredado el poder de su madre pero no su sutileza. En cada callejón y cada tasca, siempre alguien trataba de pegarme un tiro mientras dormía o me caía borracha. No podía mirar a nadie ni fiarme de nadie.

Aun así, año tras año, conseguí sobrevivir. No me enorgullezco de las personas que asesiné para ello, decentes o no decentes. Si antes me habían tenido miedo, después ni yo misma me tenía

compasión. Si antes había bebido para matar, después bebía para no tener que matar más.

Mientras, las empresas Maner y Fren lucharon a muerte en despachos de abogados, en dormitorios salpicados de sangre y en sacrificios rituales que llenaron Madrid de cadáveres. Durante más de una década, solo hubo en la prensa noticias de ajustes de cuentas.

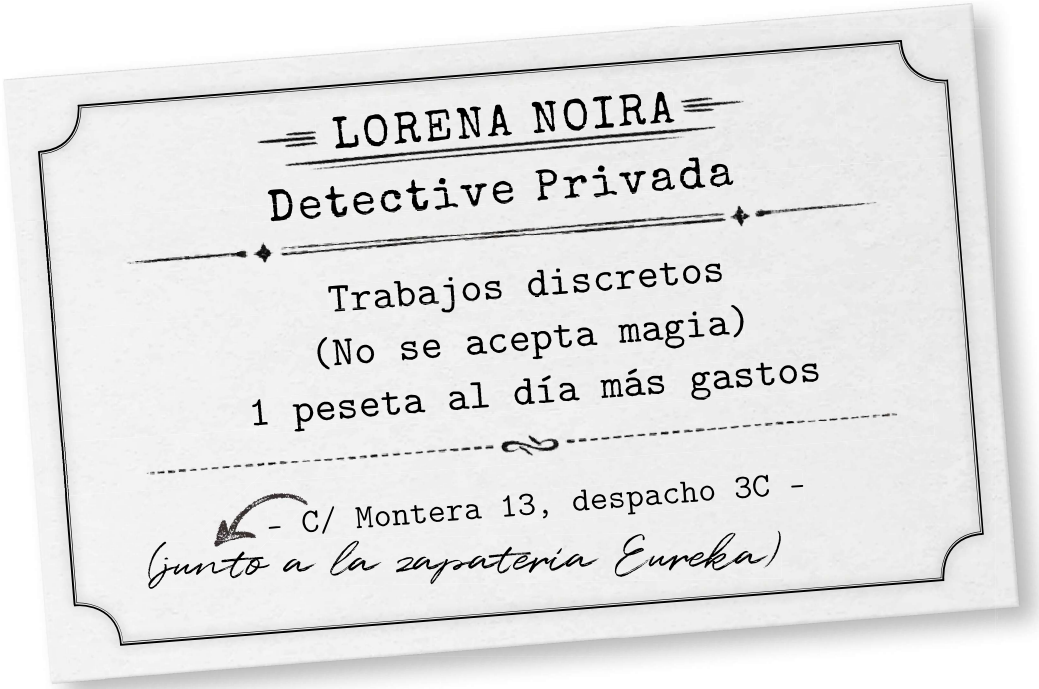
Cuando hace tres años llegaron a una tregua, mi vida se había ido ya por la alcantarilla. Pero Maner parecía haberse olvidado al fin de mí, así que decidí que había tenido bastante de esa vida. Me saqué la licencia de detective y me busqué un despacho y una mesa donde apoyar los pies. Y un secretario que me entendiera o al menos me acompañara. Ese secretario, mi querido H, terminó siendo mi amante. Supongo que quería tener a alguien conmigo; aportar algo; vivir una vida, para variar.

Pero las maldiciones nunca desaparecen, sino que siguen golpeando y golpeando hasta hundirte.

Por eso un día lo mataron. Ingenua de mí.

En resumen, ahora que estaba sola y vieja, este nuevo caso de este perfumado hombre fatal había venido para ponerme varias pistolas a la espalda, como en las novelas de a diez céntimos en su clímax final, antes de que las balas vuelen y suene su triste melodía de saxofón. Porque investigarlo iba a implicar revolver por qué hacía años me habían engañado para asesinar a Alexandra Maner.

Aunque qué más daba. Como siempre decía mi pobre H antes de que lo mataran, me hice detective porque echaba de menos pasarlo mal.


LORENA NOIRA
Detective Privada
Trabajos discretos
(No se acepta magia)
1 peseta al día más gastos
- C/ Montera 13, despacho 3C -
(junto a la zapatería Eureka)

CAPÍTULO 1

La mañana en que llegaría el caso del hombre fatal, yo soñaba que vivía en un sitio pequeño, frío y solitario, y los malditos ojos amarillos me observaban. Luego me terminé de despertar y vi que los ojos habían sido un sueño, pero que el resto seguía allí. Además, el escaso carbón del brasero de mi helada buhardilla de Chueca estaba apagado. Moqueé un poco y suspiré.

Era el año 1933, un bonito número con pocas cosas relevantes. Una, que era otro invierno sin lluvia en Madrid y con un interminable viento helado. Dos, que después de tantos años seguía paranoica cuando iba por la calle por si Elías Maner aún tenía un mal día y ordenaba pegarme un tiro. Y tres, que continuábamos en esa Gran Depresión que Estados Unidos nos había exportado y que nuestra endeble República sufría. Inestabilidad, negocios sucios, falta de trabajo, más negocios sucios. Cada mañana, toda persona de esta ciudad nuestra solo buscaba sobrevivir otro día más y, quizá, conseguir un trabajo algo menos ilegal que el de ayer. Era un mundo de personas duras, de humo, alcohol y pistolas.

Pero, tras la muerte de H, yo había cambiado. Había dejado de fumar y beber, y no llevaba pistola porque me había cansado de matar o de que alguien terminara muriendo, fuese por mi maldición o no. Y aun así pretendía sobrevivir.

Decidí tentar a mi nula suerte con la caldera en la ducha, y fracasé. El agua salió helada como el día. Me sentía mayor. Cuarenta y cinco años, y demasiadas cicatrices y huesos mal curados para soportar más frío. Tras recalentar un espantoso café que me revivió, me puse mi americana y mi pantalón de lana, ambos

grises. Ya nunca llevaba pañuelo al cuello porque no quería recordarme como asesina.

Cogí la petaca de brandy, la cual llevaba un año sin beber, y la guardé como cada día en mi bolsillo interior. Luego me subí la solapa del abrigo, me envolví en mi vieja bufanda y me coloqué el sombrero, todo también de un impecable gris, bajé las cuatro plantas y salí del portal mirando hacia todas partes. Un viejo hábito que ya no podía separar de mí.

Dejé atrás la calle Belén y fui caminando hasta Sol, helándome con el viento matutino. Cuando me acercaba a mi despacho en la calle Montera, ya llevaba un chocolate de San Ginés con su bolsa de churros. Esquivé el tranvía y los ruidosos coches y me mezclé con la muchedumbre que iba a trabajar o a cosas peores en sótanos de estraperlo. La gente seguía recelando de mi mirada de sepulturera, aún alta, delgada y elegante a pesar de mis claras arrugas, pero me gustaba mezclarme en las multitudes porque, al menos, allí era anónima. Allí podía olvidarme de mí.

Montera era una calle de postín llena de zapaterías caras. No era apropiada para negocios de investigaciones, pero es más difícil que te maten unos sicarios si hay gente a todas horas. Estaba bien convencerme de ciertas cosas. Además, me habían dejado barato el alquiler hacía tres años. Tal vez había sido por mi reputación. O por mi sonrisa. Aunque no recuerdo haber sonreído.

Esa mañana, Amalu me llamó con un silbido. Era un guapo prostituto bereber de unos dieciséis años escapado de la triste guerra del Rif en Marruecos. Me caía bien. Era demasiado buena persona para una calle de carteristas atentos a los bolsos de clientes de las zapaterías, policías de barrio que recibían sus sobornos, traficantes de opio y heroína en sótanos de humo o jeringuillas, adivinaciones que terminaban en timo o en puñalada, y secuaces aguardando encargos en tascas que yo conocía bien.

—Oye, «Mala», ven, que te cuento algo —me dijo.

Ya no me gustaba que me llamaran así, pero qué podía hacer. Siempre sin prisa, me apoyé a su lado en la pared. Amalu vestía su

llamativa y fina gabardina roja, a la última moda, que destacaba su cuerpo moldeado en un club de ejercicio de poleas y máquinas infernales y que hacía que se helara de frío. Todo fuese por estar guapo. Lo observé en silencio, con cara poco interesada. Parecía inquieto. Miró a la izquierda, luego a la derecha, se repeinó el pelo corto encerado, afirmó para sí y se cerró aún más la gabardina. Yo, entretanto, di un sorbo a mi chocolate. Quemaba, y nunca tenía urgencia por hablar. Pero él sí.

—¿Cómo te lo cuento? —dijo al fin, impaciente—. No vayas a tu despacho. ¿Sabes?, han rondado por el portal dos personas de… —dudó, diría que algo asustado— de incluso peor aspecto que tú. No te ofendas, por favor, «Mala».

Yo nunca me ofendo. Será por eso que me va como me va. Lo seguí mirando en silencio hasta que añadió, ahora en broma:

—Inconmensurablemente peor que tú.

Esta vez me permití sonreír. Las bromas siempre aliviaban su dura vida y mis duros recuerdos. Señalé a un policía que hacía su ronda, con su casco blanco y su abrigo dos tallas más grande.

—¿Secreta? —dije.

—No, no —respondió inquieto—. Yo creo que peor que eso, «Mala». Fíjate que son gente de vida muy oscura, seguro. Mis compañeras han salido todas por pies.

Lo observé mientras pensaba. Amalu, intranquilo, siguió moviendo los ojos de un lado a otro de la calle. Al final, le volví a sonreír, me aparté de la pared y le di unos céntimos para su propio chocolate. Quizá, con un poco de suerte, así no se quedaría helado ese día.

—Que el Caos Reptante te lo pague con una buena esposa —le dije, burlona, mientras lo dejaba en su esquina para esperar a sus propias clientas—. Una que te mantenga y te saque de aquí, a ser posible.

—Te digo yo que siempre quieres fastidiarme, «Mala» —oí que respondía con espanto, como cada vez que le decía eso—. Justo tú no deberías burlarte de Ny…

No se atrevió a pronunciar su nombre. Era comprensible. Yo podía porque ya sufría su maldición, pero con que la tuviese yo era suficiente.

Mientras caminaba hacia mi portal, pensé en H. Antes, él solía inquietarse ante situaciones así y preguntarme por qué nunca me preocupaba por nada. En realidad, yo no lo supe hasta que lo asesinaron, hasta que lo que quedaba de mi optimismo se coló por el desagüe, se atascó y apestaba. Ahora la respuesta me resultaba obvia, pero jamás pude decírselo; no me preocupaba porque daba igual, porque la mala suerte me iba a perseguir hiciera lo que hiciese. Tal y como demostró que lo mataran.

Me agaché junto al indigente que siempre dormía la mona fuera de mi portal y le dejé un par de churros. Luego, tras insistir con la vieja llave en la vieja puerta, con esa cerradura que siempre fallaba, entré en el edificio. Fui haciendo mucho ruido, cerrando con fuerza y pisando sin cuidado. Todo para que quien me esperase ahí arriba me escuchara.

Aparecieron a mi espalda cuando ya había llegado a mi planta e iba calmadamente a abrir mi puerta. No sé, creo que de verdad pensaron que me iban a sorprender.

Qué puedo decir; con esta crisis, hasta la originalidad se había devaluado.

CAPÍTULO 2

—Ha sido demasiado fácil, ¿no «Jefe»? ¿Crees que nos repetimos mucho?—dijo pensativa la matona de cara cortada.

No era muy alta, pero tenía brazos como troncos, un pañuelo negro anudado tan fuerte en su grueso cuello que parecía estrangularse a sí misma, y abrigo, americana y pantalón negros siguiendo el cliché de sicaria. En un alarde de originalidad, la llamaban «Cortada» por su cicatriz. Habíamos sido amigas hacía años, cuando yo trabajaba de asesina para la «Médium». En realidad, «Cortada» era una persona muy leída, pero en su trabajo el aspecto bruto intimidaba más, y lo aprovechaba. Entonces el matón delgado cogió mi vaso de chocolate.

—Tienes razón. Seguro que aquí tiene un arma escondida —dijo, irónico, y lo tiró por las escaleras, que se llenaron de cristales y chocolate.

El delgado era el jefe, pero en cambio yo jamás fui su amiga. En otro alarde, se hacía llamar «Jefe». No era fuerte, pero sí rápido, vestía también de negro y su pañuelo era holgado y más grande que su cerebro. Mientras yo miraba mi desayuno desparramado, le hizo una seña a «Cortada», que me sonrió pidiendo disculpas, me dio un rodillazo en el estómago y, según yo me encogía por algo tan obvio como el dolor, me inmovilizó por el cuello.

A «Jefe» le motivaba mucho un trabajo que, en su época, a mí jamás me había motivado. Por su parte, «Cortada» siempre tenía expresión de estar allí porque alguien se había equivocado al

enviarla. En otro tiempo, yo habría reaccionado pegándoles un tiro y marchándome sin saludar siquiera. Ese día, tan solo les pude dedicar mis pocas ganas de complicarme la mañana.

—Por Dios, Noira, me pones nerviosa cuando me miras así de callada —dijo «Jefe».

—¿Le tiro el brandy también? Entiendo que no tiene sentido tirarle una cosa y no la otra —intervino «Cortada» con su eterna sonrisa amable mientras me sacaba del bolsillo la petaca.

«Jefe» se limpió las manos como si tuviese alguna gota de chocolate. Hacía lo mismo con la sangre.

—Déjalo. Ya no bebe, ni fuma ni dispara. Ya no es una tipa dura —dijo. Luego me recriminó muy en serio—: Noira, ni siquiera las detectives son así de blandas. ¿Qué te ha pasado?

Yo, sin embargo, veía grandes ventajas en ser blanda y evitar una vida llena de golpes, así que no contesté. «Jefe» juntó las manos sobre su regazo, en posición de sermonear. La «Médium», que era quien había enviado a esa pareja a mi despacho, era una espiritista que extorsionaba a sus clientes con los secretos que les sacaba. Era ciertamente la misma médium para la que había hecho mi primer trabajo, hacía décadas, y cuyo recuerdo había contado a Alexandra. Supongo que nunca se me dio bien elegir con quién me seguía juntando ni a quién le pedía dinero para mis deudas.

Yo sabía que su trabajo de matones era aburrido y estas cosas no les apetecían. Por su parte, «Jefe» y «Cortada» sabían que mi trabajo de detective estaba más seco que ese cielo de invierno y que no podía pagarles. Pero nunca me habían golpeado ni habían venido hasta allí. La depresión económica se volvía dura incluso para el inframundo, al parecer.

—Sabes cómo va esto —dijo «Jefe»—. Nos debes doscientas diecinueve pesetas, intereses incluidos. Mañana serán más y pasado habré perdido la cuenta. La «Médium» dice que hoy día el dinero tiene que circular y nos ha autorizado a tomar medidas extremas. ¿Lo entiendes?

Sujeta por la tipa grande, no tuve mucha motivación para contestar. Además, dudo que esperase respuesta. «Jefe» se alisó el abrigo, buscando quizá nuevas gotas de chocolate.

—Bien —concluyó, como si hubiera dicho algo—. Por tu bien, no dejes que pase una semana. Volveremos por aquí entonces.

Hizo un gesto a «Cortada» y bajó por las escaleras. Al fin «Cortada» me soltó, sonriendo como si lo hubiera estado deseando. Luego pasó la mano por el abrigo intentando dejarme impecable, me recolocó la bufanda, me devolvió la petaca y me saludó con esa expresión suya de quien nunca ha hecho nada malo.

—Me encanta tu despacho, con esa decoración vieja y feúcha —dijo—. Aunque un día deberías poner un sello de protección, en serio. Uno contra gente como yo.

Dicho eso, se marchó tras «Jefe». Con ella, no tuve claro si había sido una amenaza o solo un consejo práctico. Quizá ambas cosas. Mientras se alejaban, miré cómo iban dejando las huellas de sus zapatos en el chocolate de los escalones. Me tocaría nueva bronca de la comunidad de vecinos. Por si fuera poco.

Aún un poco encorvada, entré al despacho, cerré la puerta y encendí el brasero. Me dolían los brazos, el estómago y las costillas. Definitivamente estaba mayor para estas situaciones. Y, aunque pensaran que no me lo había tomado en serio, supe que tenía problemas muy graves. Le podías deber dinero a la «Médium» y jugar a esto unos meses. Pero, después, eras cadáver. Punto. Así que ¿ahora qué, vieja «Mala»?

Al menos me habían dejado los churros. Y el brandy.

Me quité el abrigo, la bufanda y el sombrero, grises como mi alma en aquellos momentos, y los colgué en el perchero. Antes siempre se encargaba de eso H. Vi su sombrero aún puesto ahí, otro borsalino como el mío, olvidado aquel último día en que habíamos discutido y se había marchado. Intenté recordar por qué nos habíamos peleado. Pero luego recordé que debería dejar de recordar esas cosas, y paré. Qué iba a arreglar ya.

Fatigada ya a esas horas de la mañana, me dejé caer en mi vieja silla de cuero y puse los pies sobre la mesa, sin ánimos, como cuando tenía recibos que no podía pagar o esperaba a clientes que nunca llegaban. Luego abrí la bolsa de papel grasiento y me comí los churros fríos sin mi querido chocolate. Mientras, miraba pensativa la petaca de brandy, que a su vez me observaba desde la mesa, retándome como cada día a emborracharme y olvidar. Porque tenía demasiado que olvidar.

«Jefe» estaba en lo cierto. Ya no mataba, ni fumaba ni bebía. Sí, ¿qué me había pasado? Antes, H y yo nos habíamos bebido juntos ese brandy cada mañana, y ahora yo se lo seguía trayendo como si aún estuviera aquí. Sin embargo, al llegar solo veía una mesa en la entrada donde él todavía tenía su máquina de escribir, el teléfono donde respondía las llamadas y las carpetas de los casos. Echar de menos a alguien es un mal invento. Ojalá pudiese dejar de estar sobria. Pero no quería.

Dediqué la mañana a devanarme los sesos sobre cómo conseguir el dinero de la «Médium». Mi vida sería un desastre, pero le había cogido cariño después de sobrevivir tanto. Sabía que me llegaban muy pocos casos y que si surgía alguno sería sucio, de los de poco dinero y muchos problemas. Por algo decían por ahí: «Si tu problema no es lo bastante turbio, no te arriesgues a acercarte a Noira». No es gracioso estar maldita. Una pena, porque las cosas legales son más fáciles.

Descartada la posibilidad de conseguir dinero trabajando, no me quedó otra que pedirlo. Así, dediqué la mañana a hacer muchas llamadas a amistades y no tan amistades. Hice tantas que la operadora al otro lado ya me saludaba por mi nombre. Sin embargo, no conseguí nada. Qué había esperado de mi mala suerte. Como si no me conocieran.

La tarde me alcanzó con un bocadillo a medio comer traído del bar gallego de Sol y unas expectativas cortas de vida. A través de mi enorme ventanal de madera, bonito, pero viejo y que dejaba entrar el frío, contemplaba la cuesta de Montera y meditaba. Veía

un coche tras otro, todos negros, curvos y de guardabarros exagerados, y un tranvía tras otro, chirriando desde la Puerta del Sol, a ratos rebosando de gente que subía y bajaba en marcha, y a ratos nostálgicos y abandonados. Contemplaba a oficinistas de elegantes corbatas o pañuelos al cuello; a hombres y mujeres con bolsas de la compra medio vacías; a chavalas y chavales vendiendo periódicos; a limpiabotas pasando frío; a prostitutas y prostitutos pasando más frío; a traperas y traperos de las chabolas de las afueras; a la muchedumbre de un Madrid de casi un millón de personas, la mayoría sin trabajo o buscándolo en sitios turbios.

Era curioso cómo en sus caras heladas veía posibles encargos cotidianos con los que habría podido pagar la deuda de manera simple y aburrida; un encargo sobre un engaño marital, una búsqueda de un anillo familiar, una indagación de herencia. Yo quería aburrirme. Lo deseaba.

Revolví el escaso carbón del brasero mientras me frotaba las manos para intentar entrar en calor. Entonces fue cuando el cliente que no quería pero necesitaba llamó a la puerta. Y cuando el pasado volvió a por mí.